

00202
• 06
02
1903
V. 2



Prólogo á este segundo volumen.

Como verá el discreto lector á poco que adelante en la lectura de las páginas de este volumen, el espíritu y la doctrina contenidos en él son substancialmente idénticos á los que circulan en el grandioso *Ensayo* que llena el volúmen anterior. Media, sin embargo, entre los dos volúmenes esta diferencia: que en el primero, las grandes cuestiones tocantes al objeto de la obra forman un todo perfecto, ó, como dicen, una síntesis ante cuya consideración se pierden de vista la persona del autor y los hechos reales de la vida á que se pueden aplicar las verdades generales, mientras que en este segundo volumen esa unidad de la obra de Donoso parece como quebrada y dividida en fragmentos, y reflejada en juicios y aplicaciones á hechos en que, ó tuvo parte su autor, ó fueron apreciados por él de conformidad con los principios que iluminaban su mente. Así, mientras que la obra del primer volumen exige del lector una atención constante, y cierta como tensión de ánimo que apenas le permite respirar, esos otros fragmentos—artículos, discursos, cartas, pensamientos.—viva y variada expresión de conceptos idénticos á los del *Ensayo*, sin dejar de suspender el ánimo, pero de tal modo le suspenden y cautivan que al mismo tiempo ponen ante los ojos, causando singular deleite, el genio de Donoso Cortés, ora cerniéndose como águila en las regiones de la Filosofía y de la Historia, ora fulminando en el Parlamento los rayos de su elocuencia antiliberal, ora asistiendo personalmente en la escena

010353

murió sino después de haber adjurado y abominado del liberalismo. Claramente lo dijo en esa elocuente confesión ante el Conde de Montalembert: «Mis ideas políticas y religiosas *de hoy*, escribía después de su conversión, no se parecen á mis ideas políticas y religiosas *de otros tiempos*», ó sea de aquellos en que era moderado. «Entre las doctrinas que Ud. profesa—escribió pocos años después al Director de un periódico moderado (*El Heraldo*)— y que profesaba yo cuando aún tenía pocos años, y las que profeso ahora, hay una CONTRADICCIÓN RADICAL y una *repugnancia invencible*.

¡Que murió Donoso moderado! Pero el partido moderado, en España y en todas partes, ha sido una de las agrupaciones en que se dividió el partido liberal, constitucional y parlamentario, y contra este partido principalmente vibró Donoso Cortés la espada de su elocuencia. En una de sus cartas al Sr. Conde de Raczynski se leen estas palabras: «Sí; el *liberalismo* y el *constitucionalismo* son *la forma del mal* en este siglo; el mal no es otra cosa que el orgullo, de donde proceden todas las catástrofes y todas las revoluciones.» Y contrayéndose en otra carta suya á los liberales moderados: «Pienso como vos—decía al mismo Conde—de los Parlamentos *moderados*; sin los *moderados*, la revolución habría perecido en todas partes. Los *moderados* han sido la ruina universal de los pueblos. ¡Dios les perdone todo el mal que han hecho!» ¿Quién no recuerda aquella admirable definición que dió el Marqués de Valdegamas del sistema parlamentario: *El parlamentarismo es el espíritu revolucionario en el Parlamento?* «Alegraos—decía al ministro de Prusia en Madrid hacia el 18 de Noviembre de 1851—regocijaos: el gran partido del orden murió ayer. El Presidente tuvo cien votos de mayoría, y el partido *burgués* y *doctrinario* hubo de sucumbir. No sé qué vendrá; lo que sé es que el diablo ha traspuesto con el Gobierno parlamentario: mandad que le digan una Misa de *requiem*.»

No citaremos más textos, porque el lector ha de verlos en muchos lugares de este volumen; textos categóricos y decisivos que no permiten poner ni un solo instante en duda que, algunos años antes de su muerte, Donoso había quemado los ídolos que antes adoró, conviene á saber: el doctrinarismo de los liberales moderados, á quienes desde el punto y hora de su conversión tuvo por los mayores enemigos de la restauración cristiana de la sociedad. Y no se nos hable «de su ardiente entusiasmo por la *dinastía liberal*»¹, ni «de las cruces, honores y embajadas que mereció de los Gobiernos moderados»; que si Donoso, durante el breve tiempo transcurrido desde que adjuró de los errores liberales, hasta su cristiana muerte, sirvió á su Patria y á su Reina en honores y Embajadas, no las sirvió por amor del liberalismo, de «ese sistema—decía—que ha venido al mundo para castigo del mundo», y que «acabará con todo, con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad, con la honra», pues «es el mal, el mal puro, el mal esencial y substancial», sino por razones que pesaban gravemente en su delicada conciencia. «Al cabo—dice en una de las cartas (pág. 294 de este volumen)—al cabo vendré á parar en separarme de todo punto de la política activa; y aun á decir verdad, esto es ya propósito firme, al cual arreglo mi conducta. *No puedo ni debo en la actualidad dejar el puesto que ocupó por graves consideraciones de público interés; pero la verdad es que deseo perderlo, y en cuanto esto suceda no volverán Uds. á verme por el mundo.*»

A la verdad que el Marqués de Valdegamas se reputó obligado á hacerse violencia á sí mismo en el vivo anhelo que sentía por huir de las pompas y vanidades del mundo, cuya gloria había aprendido á menospreciar y

1 Una dinastía liberal sería aquella cuyos miembros profesaran el liberalismo, ó en virtud de propia elección, ó por alguna manera de necesidad; ahora bien, decir lo primero cuando no consta positivamente, es ofender á las personas, y decir lo segundo es ofender directamente á Dios. Entiendo, pues, que diciendo «dinastía liberal», el orador á que me refiero no reflexionó sobre el sentido de sus palabras.

tener por humo, cosa es que claramente se echa de ver por lo que en cierta ocasión manifestó á su íntimo amigo el Ministro de Prusia en esta corte. Quejándosele en una de sus cartas (París, 11 de Octubre de 1851) del concepto calumnioso que había corrido en España, con el que se le suponía inventor de un despacho comunicado al Gobierno francés por el Ministro de Francia en Wáshington, y transmitido al Gobierno español por el Marqués de Valdegamas, escribíale lleno de amargura: «Este incidente ha venido á confirmar en mí la idea que la fortuna guarda sus favores para los hombres que no conocen el honor, no para los que escuchan la voz de la conciencia. Los hombres de bien tienen una razón más que les debe mover á huir de los negocios: *ya me hubiera yo alejado de ellos si las diferencias con los Estados Unidos no me hubieran detenido*, pues entiendo que soy el único que se halla en el estado conveniente para terminarlas. Pero mi resolución está ya formada: *que no quiero servir ni á las Asambleas, ni á los periódicos*: quédese este servicio para hombres sin convicciones.»

Léanse con atención las cartas de Donoso Cortés á aquel insigne diplomático, y se verá que ni los triunfos de la tribuna, á que ya había renunciado, ni la causa de «la dinastía liberal», ni los honores del mundo oficial fueron las consideraciones que le retenían en él, sino el celo de que estaba abrasada su alma por la causa del bien contra el espíritu revolucionario que, ora mansamente, ora con el furor de las guerras y de las sediciones, conducía hacia el abismo al mundo civilizado. Donoso seguía con mirada de águila, no ya sólo el curso de los sucesos públicos, sino especialmente el movimiento intestino de la política en el mundo de la diplomacia europea; miraba especialmente á Inglaterra, cuyos intereses y cuyo influjo tenía él por contrarios á la gran obra de la restauración social en Europa, y juzgaba que desde la altura de su posición y de su inmensa autoridad moral podía contribuir al triunfo de la buena causa. «Todas las

cosas se preparan—escribía á su ilustre amigo desde París, por Febrero de 1852—para que triunfe Inglaterra, y Europa entera sucumba. Jamás he deseado como ahora ser Ministro; porque si yo fuera Ministro, *España tomaría la iniciativa en fijar los términos del problema, y la Gran Bretaña se acordaría perpetuamente de mí*. Con todo, *dentro de la esfera de mis funciones no dejo á esta temible potencia que obre quieta y pacíficamente; pero de esto no puedo yo hablar.*»

Desgraciadamente, dominando en España el partido moderado, burgués y doctrinario, no era de esperar que fuese Ministro el gran Donoso. «Os engañáis—escribía al Conde de Raczynski desde París (18 de Noviembre de 1851)—si creéis que se va acercando mi hora; no, mi hora está muy lejos aún, y probablemente no llegará nunca. Posible es que se me brinde con el poder, que muchas veces me ha sido ofrecido; pero es difícil, ó mejor imposible, que yo acepte, que haya disposición para seguir *mi sistema*, y que *dé con una espada que me ayude.*» Pero anudemos el hilo de este discurso respondiendo al cargo que hacen á nuestro insigne Donoso de haber dictado «fallos arbitrarios».

El pronunciar fallos *arbitrarios* equivale á tener por honesto y verdadero, no lo que dicta la razón, sino lo que quiere la voluntad, gobernada torpemente por la pasión y el orgullo. No eran otras las sentencias de Lutero cuando en la causa altísima de la fe sentenciaba diciendo: *Ego, Martinus Lutherus, sic volo, sic jubeo, stat pro ratione voluntas*. Ni fueron nunca otros los juicios y sentencias de la soberbia disfrazada de racionalismo ó herejía. Pero el autor del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* era hombre de corazón limpio, que aborrecía la soberbia como principio de todos los males; y así, no puede creerse que su razón fuera cegada de ella hasta el extremo de ceder su alto puesto al mero arbitrio de la voluntad. Leyendo este hermoso volumen, el lector habrá de admirar en Donoso una hu-

donde se ofrecen los principales hechos de la vida políti-contemporánea, ora, en fin, descubriendo en el seno de la amistad tesoros de piedad y de ternura.

No tema el lector que en las presentes líneas vaya el que las escribe á desflorar el precioso ramillete que forman las varias producciones de Donoso Cortés, contenidas en este volumen, no; únicamente se propone hacer respecto de ellas y de su esclarecido autor algunas indicaciones para disponer el ánimo del que leyere á formar juicios verdaderos, previniéndole contra las apreciaciones, ó equivocadas ó falsas, de los que, ó no son amigos, ó fueron, por ventura, enemigos del Marqués de Valdegamas.

Ya en el prólogo que va al principio de esta edición fueron refutadas las equivocadas especies vertidas no ha mucho en el Ateneo de Madrid, donde algún famoso orador puso en duda que Donoso Cortés se convirtiera á la fe viva de sus padres, y que se doliera de haber servido al regimen liberal, y donde se tocó á su memoria, diciéndose de él que murió (liberal) *moderado*. Á esas especies se añadió la de haber sido allí declarados algunos juicios de Donoso Cortés por fallos *arbitrarios*, y su autor calificado de *iluminado* y de *vidente*, que «lanza sobre los horizontes invisibles del porvenir su mirada sobrenatural de profeta». Por último, díjose también en el tal Ateneo, que «para el ultramontanismo español fué Donoso Cortés una *calamidad* y una *gloria*». Véanse los términos en que el orador que enunció ese juicio, en un Círculo en que ciertamente no fué ni será nunca amado el glorioso nombre de Donoso Cortés, hubo de comentar sus propias palabras:

«¿Qué fué, en suma, Donoso para el ultramontanismo español? Á nuestro juicio, fué una *calamidad* y una *gloria*. Una gloria, porque la voz de trueno de su elocuencia fulgurante resuena todavía por todos los ámbitos de Europa, como voz de profeta enviado por Dios que anuncia y que comenta las grandes catástrofes con que en el bajo

fondo de la sociedad repercuten las blasfemias que se pronuncian en su cima, esculpiendo juntamente con sus fórmulas soberanas, condensadoras de las grandezas de la Religión, el santo nombre de la Iglesia y el glorioso nombre de la patria de que fué creyente y ciudadano. Una calamidad, porque fundó escuela, ó mejor que escuela conservatorio de música y declamación, donde se amaneraron la turba de oradores hueros y forjadores de anatemas de relumbrón que pretendían y pretenden resolver los más arduos problemas de la Religión y de la política con una metáfora altisonante y pesimista en que sobre las ruinas de toda la sociedad se distingue sólo la misteriosa y olímpica profundidad del genio profético que la formula.»

Pocas palabras bastarán para disipar las sombras que esas especies proyectan sobre la doctrina, el genio y el espíritu del autor del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

Empezando por las dudas tocante á su conversión, ya en el prólogo anterior reprodujimos las palabras mismas del Marqués de Valdegamas al señor de Blanche, Marqués de Raffine: «El misterio de mi conversión—le decía—(porque toda conversión es un misterio), es un misterio de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo; y porque le amo, *estoy convertido*.» Pero todavía conviene citar estas otras palabras que habrá de ver el lector leyendo la hermosa carta de nuestro Donoso al Sr. Conde de Montalembert (Berlín 26 de Mayo de 1849): «En esta especie de confesión general que hago en presencia de Ud., debo declarar aquí ingenuamente que *mis ideas políticas y religiosas de hoy* NO SE PARECEN *á mis ideas políticas y religiosas de otros tiempos*. Mi CONVERSIÓN á los buenos principios se debe, en primer lugar, á la misericordia divina, y después al estudio profundo de las revoluciones.»

¡Que murió *moderado*! Moderado fué, y entre moderados anduvo hasta los últimos años de su vida; pero no